CANTO AL HOMBRE

CUANDO eres, como ahora, fuerte y hermoso, te amo.
Cuando el viento se doblega para ti, cuando a la tierr
tú la rindes, yo te amo.
Yo te amo por osado,
y te amo por heroico, por audaz y porque ofreces
tu hermosura y tu valor.
Por derramado.

Firme tú, sobre las nubes, navegando los espacios;
duro tú, sobre las aguas, descollante tu estatura
en lo azul del océano...
Hombre joven que lo afrontas
cual un elemento más, siendo tú el lazo
de elementos de creación.
Yo así te amo.
Desde lejos y despacio, torpemente en el comienzo,
tu andadura cada siglo acelerando...
Así has llegado.
Y ya domas a los mares y a los cielos; los cabalgas
como potros tan salvajes como fuiste.
A los astros
los asedias sin temor. Igual que un astro, que otro astro
participas del secreto compartido, constelando
como ellos mi cenit.
Hombre, te amo.

Yo te amo y te contemplo, yo te admiro y yo te exalto.
E ignorando cómo cantan los arcángeles, te canto.
Mientras seas como eres, una luz entre las sombras,
una luz sobre los bosques, un clamor desde los labios;
mientras cantes y sonrías, esperanza de otro tú ya menos
[agrio,
¡hombre joven, hombre fuerte, hombre hermoso, yo te amo!

Aunque guardas en tus ojos viejas piedras del basalto
que formaba las murallas de Proverbios y del Cántico,
ya despierta tu mirada a la ternura, enajenados
resplandores fugitivos de piedad por lo creado.

Como un hacha cortas tú, y eres tan blando
que te rayan las plegarias y el amor. Eres compacto
y flexible, quebradizo, vulnerable... ¿De qué rayo
fulminóse lo divino contra ti? No te ha abrasado
ni la cólera de Dios, ni su contacto.
Sobrepasas a tu propia lava impura, en sobresalto
de promesas y derrotas... Ajeno y amplio
como tierra y como el mar; como el espacio.

Pero hermoso; pero audaz. Loco de siembras
que, no estrellas, sino mundos, vas hincando.
Empujaste las cavernas, destrozaste las pirámides,
desecaste los diluvios, apagaste los volcanes,
arrancando del pantano a los bienaventurados.
¡No volvías tu cabeza de oro puro a lo pasado!
Por cruel y por ardiente, yo te amo.

¿Quién no aleja para ti lo que has huído,
quién no llora por tu amor lo que has matado?
Nunca yo que te contemplo; nunca yo que me he entregado
a la sangre y al gemir de tantos duelos
como pueblan tu yacer y tus contactos.

Ahora, no. Que te libras y me llevas por el aire, confiando
en tu propia inteligencia, en tu arrebato.
¡Ah, los vuelos que gobiernas con sonrisa y dócil mando
de instrumentos, que tú mismo has inventado
y te sirven como sirven los esclavos!

No desciendas, no me abatas. Hombre amado,
te sostengo y me sostiene el interminable rapto.
No eres rojo ni eres negro. Eres el blanco,
el fúlgido centellear de intactos arcos.
¡Atrévete con el Bien, sujétalo con tus brazos!

Hermoso varón que tanto presentía y que he soñado.
Porque eres mi mejor yo, he ahí por qué te amo.

No te quiero cuando débil, sometido, acobardado.
Aunque torvo si acometes, más te busco despiadado
que humillando la cerviz como un toro sin sus mandos.
El valor puede crear, y no crea lo castrado.

Que eres viejo bien lo sé. ¡Sé que debajo
de esta túnica de piel que te envuelve, estás cansado
de los siglos de rogar para ver de Dios el brazo
que fulmina y que fulmina...!
Y ¿no es cansancio
contemplar cómo te hundes en mi vientre, deslizando
tu niñez y tu vigor entre mis flancos,
para luego desgajármelos despacio...?

¡Ah, si halláramos la brisa, si encontráramos el látigo
que flagela y que consuma a los más enamorados!

Por todo lo que venciste van tus piernas,
de cobre forjando ajorcas para sujetar tu paso,
¡criatura que apretaría eternamente con mis brazos!
Más allá de la vida y de la muerte, Hombre, te amo.

Cantabria, 19 agosto 1957.



CARMEN CONDE